Acarnania

Joaquin E. G. (Nyarlatitep)

Capítulo 1

Acarnania: Capitulo I

El Camino

Dos muchachos corrían por el bosque.

La luz brillaba en sus cabellos cada vez que pasaban de una sombra a otra: cada vez que se reencontraban con el sol, fulgores de oro. Corrían ligeros como el viento que movía las copas de los árboles y como el perfume de la resma entre los abetos gigantes. No tenían duda, no aflojaban a la vista de los obstáculos ni ante la imprevista aparición de las grandes criaturas del bosque. Cada uno de sus movimientos era pura alegría de vivir.

Sus nombres eran Wulf y Armin, noble de la estirpe de hierro. Adoradores del todo poderoso jabali de Hierro.

Llegaron a lo alto de la colma del eco en el mismo momento en que el sol iluminaba el gran calvero.

Armin se detuvo.

—Escucha.

También Wulf se detuvo, solo escucho el viento y bramido del rió Brackenwalsh, se concentró, pero no había nada más que escuchar.

—¿El qué?

—¡La Voz.... La voz del Hierro!

Wulf aguzó el oído: se oía el profundo retumbar del trueno, y cada golpe iba acompañado del rumor del agua que caía fragorosa y de su eco interminable.

—¿Quieres meterme miedo?

—No. Todavía no.

—¿De dónde viene?

—De la derecha, detrás del robledal.

—¿Vamos para allí?

—Sí, pero con prudencia. Ese sonido no es la voz del hierro.

—¿Qué es, pues?

—Ya te dije que te enseñaría el camino que no se termina nunca.

Le hizo señas de que le siguiera y echó a andar, cauto, entre los robles jóvenes y los fresnos del bosque. Era fácil seguirlo: su traje de lana roja y de plata se veía de lejos, y también los reflejos cobrizos de su cabello.

Finalmente Armin se detuvo. Era más alto que cualquier muchacho de su edad. Wulf se le acercó y lo que vio lo dejó estupefacto. Delante de ellos había un camino pavimentado de piedras negras pulidas, de por lo menos treinta pies de ancho, perfecto en cada detalle, seco y recto, uniforme en sus dimensiones y completo en su estructura. Era hermoso como si lo hubiesen construido los mismos dioses. Lo siguió con la mirada y con la mente, paso a paso, hasta que lo vio desaparecer detrás del robledal.

—Has dicho «el camino que no se termina nunca».

—Eso he dicho. Sígueme.

Descendieron por la ladera de la colina del eco y volvieron a dar con el camino, recto y perfecto.

—¿Lo ves? —le indico Armin con el dedo.

El camino llegaba al borde de la Gran Ciénaga, que los reflejaba como un espejo, pero no se detenía delante de la enorme extensión lacustre: proseguía sobre el agua, rozando la superficie líquida e inmóvil, hasta detenerse a tres millas de la orilla, en medio de la ciénaga.

—¿Cómo es posible? —murmuró Wulf.

— ¿Ves esas torres? Son Noxtoras Noxianas. Cada una de ellas es maniobrada desde el interior por al menos cincuenta hombres que accionan un mecanismo capaz de levantar un mazo de doscientas libras a treinta pies de altura, y luego dejarlo caer sobre el palo que está hincado en el fondo de la ciénaga y hundirlo. Si te fijas, verás una doble fila de esos palos emerger unos pocos palmos de la superficie del agua. Sobre los palos se encajarán unas vigas; sobre las vigas, unas tablas de roble; sobre las tablas se echará arena y se colocarán las losas de cobertura. Cada pedazo de madera, palo, viga, tabla, travesaño... ha sido cocido en una mezcla de aceite y bitumen y puede durar siglos sumergido en el agua. Un camino que no termina nunca ante ningún obstáculo; atraviesa

bosques, lagos y pantanos, perfora las montañas. ¡Un camino Noxiano!

—¿Cómo sabes todas estas cosas?

—Las sé y punto —le corto Armin con cierto aire de exasperación

— Y ahora volvamos a casa. Nuestro padre nos echará una buena paliza por haber desobedecido sus órdenes de no alejarnos de la tribu.

—Es imposible que lleguemos antes del anochecer —dijo Wulf.

—Eso ya lo veremos. Somos excelentes corredores y tenemos muchas buenas razones para llegar a casa a tiempo.

—En efecto. Así que muévete.

—Espera —dijo Wulf—. ¿No oyes ese ruido?

Armin aguzó el oído y la mirada. Y de improviso se percato de que se trataba. Apretó los dientes y tomo a su hermano por el hombro derecho.

—Es una legión noxiana en marcha. ¡Abajo, ahora!

Wulf se pegó contra el suelo.

—Pero ¿qué hacen aquí?

—¡Chizzz! —Dijo Armin alzando el dedo y uniéndolo a sus labios—. Ni el más mínimo ruido, ni una palabra. Y haz como yo.

Armin se cubrió de hojas, mimetizándose perfectamente con el sotobosque, y Wulf hizo otro tanto. El ruido cadencioso del calzado herrado se acercaba cada vez más, hasta que estuvo muy cerca de los dos chicos. Debajo de las hojas, Armin sintió la mano temblorosa de Wulf y la apretó con fuerza. El temblor cesó y el ruido fue atenuándose poquito a poco hasta desaparecer a lo lejos. Armin se disponía a levantarse cuando la vista de dos botas claveteadas a dos palmos de su rostro lo dejó helado.

—***¿¡Ehkturba ahk li ekaned!?***(¿¡Mira qué he encontrado!?) —exclamó una voz ronca en un idioma que Armenio identifico como el idioma Noxiano.

Una vara de vid hurgó entre las hojas secas. Armin se puso en pie

gritando:

—¡Vamos, vamos!. —Y los dos muchachos echaron a correr como locos sin mirar siquiera alrededor. Solo ellos conocían el bosque en cada uno de sus rincones, en cada grieta; conocían cada luz y cada sombra. No tardarían en encontrar refugio en escondrijos invisibles.

El centurión Marco Elio Tauro no se molestó demasiado en volver a llamarlos o en maldecir; se limitó a hacer una seña.

—¡Perseguidlos!

Y cinco jinetes de basilisco se lanzaron al galope, les cortaron el paso, bloquearon las vías de escape, saltaron a tierra al mismo tiempo y los rodearon. Los dos muchachos se pusieron espalda contra espalda y aferraron los puñales cortos que llevaban al cinto, con la empuñadura contra el pecho.

—Esos dos —dijo Wulf refiriéndose a los legionarios— son como nosotros, son del norte. ¿Por qué quieren capturarnos?

—Esos son los peores —respondió Armin sin dejar de girar en redondo para hacer frente a la amenaza de los soldados—. Están vendidos a los noxianos y luchan en sus filas. Son traidores al Jabali y traidores al Freljord.

El asalto estalló simultáneamente por cada parte, pero los dos muchachos se defendieron como fieras: a cuchilladas, a patadas, a puñetazos y mordiscos. Cinco minotauros recios se impusieron con gran esfuerzo a los dos muchachos apenas adolescentes: al final los sujetaron contra el suelo, les ataron los brazos tras la espalda y los arrastraron con dos cuerdas atadas a los caballos.

El jefe de la patrulla se acercó al centurión.

—Menudas furias son estos mocosos; han hecho falta cinco minotauros mas para reducirlos.

—¿Te has enterado de quiénes son? —preguntó el centurión.

El norteño de las estepas fronterizas con el Freljord asintió.

—Son los hijos de Sigver, el jefe de los Ethones.

—¿Estás seguro?

—Como de que estoy aquí.

—Entonces has hecho buena caza y recibirás buena recompensa. No los dejes escapar o tendrás que rendirme cuentas. Al menos hasta mañana.

Armin y Wulf fueron encerrados en una tienda rodeada de centinelas armados. Sobre el mismo suelo extendieron dos colchones para el descanso. Un esclavo les llevó carne asada, pan, una jarra de cerveza y dos vasos. Y al caer la noche, una lámpara.

—Nos tratan bien —dijo Wulf.

—Mala señal —respondió Armin—. Eso significa que saben quiénes somos.

—¿Qué quieres decir?

—Nos tratan a todos igual; si con nosotros tienen miramientos es porque quieren obtener algo de nosotros o de nuestro padre.

—¿Cómo qué?

—Noxus solo quiere una cosa: sumisión, que los pueblos libres se dobleguen a su voluntad, mediante la sangre o la palabra. Lo llaman hermandad, pero es eso, y ambos sabemos que hermanos que no nacieron de un mismo ceno no se fían nunca el uno del otro, el más fuerte, o sea, Noxus, exige garantías.

—¿Cuáles? —preguntó Wulf.

—En este caso, nosotros; tú y yo como rehenes.

—Eso lo hacen también nuestros jefes de tribu. Ya sabes que aquí no es como mas al norte lleno de matriarcas y eso.

—Es cierto. Pero no es lo mismo. Los Noxianos no hablan de rehenes, naturalmente. Dicen que se trata de instrucción, de adiestramiento al mando, de estudios y aprendizaje de la lengua noxiana y quizá también otros idiomas. Pero de hecho nosotros estaríamos en calidad de rehenes.

Wulf inclinó la cabeza y durante un instante hubo un silencio total en la pequeña tienda. Traídas por el viento llegaron del exterior las llamadas de los centinelas para el cambio de guardia.

—Poderosos dioses —murmuró Wulf, al tiempo que un trueno rasgaba el cielo.

Los dioses, sin duda respondían.